

EL DÍA

Latinoamérica: una cultura alternativa

por Mario BENEDETTI

(Exclusivo en México para El Día)

PALMA DE MALLORCA, 4 de noviembre (Especial para IPS).—En una nota escrita hace algunas semanas, relaté una conversación mantenida con David Viñas, en la que éste sostenía que, aún desde el exilio y frente a las dictaduras militares del Cono Sur latinoamericano, debíamos esbozar una cultura alternativa que incluyera no sólo un rescate del pasado utilizable sino también una propuesta hacia el futuro.

Para el escritor argentino, "el riesgo fundamental del exilio es que uno se quede en el **presentismo** absoluto". Sin duda existe ese riesgo, que en cierta medida proviene de circunstancias que en su inicio no fueron estrictamente culturales.

El escritor, el intelectual, que ha debido optar por el exilio, se enfrenta en primer lugar con un problema de supervivencia. Arrancado de su medio, de sus factores de estímulo y medida, desgajado de sus destinatarios naturales, de sus plausibles canales de difusión, suele refugiarse en otro oficio para ganarse la vida.

En tiempos como éstos, particularmente duros para todas las economías del mundo, con millones de parados o desocupados en cada país, el recién llegado no siempre está en situación de elegir, de desarrollar su vocación y su profesión.

Ya puede considerarse afortunado si consigue vivienda, documentos en regla y un trabajo más o menos estable. Esto vale para obreros, profesionales, maestros, periodistas, y por supuesto también para los escritores.

El riesgo del **presentismo** viene pues de esa urgencia por enfrentar el escabroso ahora. Se trabaja para el pan y techo del día, de la semana, del mes, pocos se atreven a programar su vida en etapas anuales.

Es claro que, a medida que el exilio trans-

curre, la situación inestable tiende a regularizarse, y de a poco se va delineando un tímido croquis de seguridad. Solventadas las necesidades esenciales, ya es posible crear un espacio para la reflexión.

Este es probablemente el instante oportuno para que el intelectual exiliado supere el trance del **presentismo**, y también de otros 2 riesgos adicionales, igualmente paralizantes: la nostalgia convertida en frustración y el escepticismo que pervierte el futuro.

El intelectual, como cualquier exiliado, tiende a menudo a idealizar el país y el ámbito de los que ha sido privado. Hábitos o simples datos que no tenían mayor significación, de pronto se convierten en paradigmas, en virtudes incanjeables, en paraíso perdido.

De ese modo se anula o se desdibuja la noción rigurosa de ese pasado, ya que la verdad es que algunos de aquellos rasgos, hoy tan añorados, incluye con los gérmenes de una derrota que siempre aparece ligada a la inquerida diáspora. Por el contrario, otros elementos de la etapa transcurrida, que todavía hoy parecen ásperos e inconfortables, permiten entrever la clave de un rescate.

Esta asunción de un legado, ya no superficial sino profundo, no sólo es válida para la trayectoria de cada individuo en particular. También sirve para que la historia comunitaria vaya mostrando su verdadero rostro. Una cultura alternativa debe restaurar esa verdad histórica, despojarla y despejarla de falsificaciones, desenterrarla en fin.

Pero una cultura alternativa debe también restaurar el futuro. Hay futuros que nos son asignados desde afuera, impuestos desde arriba. Futuros que son cepos. Ese **presentismo** de que hablaba Viñas nos hace particularmente vulnerables a un futuro previamente amojonado, confinado, estéril. ¡

Ni el ánimo apocado ni la timidez colectiva van a conducir a un futuro abierto y libre. Este sólo será merecido y entrevistado mediante el ejercicio de la imaginación, la honestidad

ideológica y también un cierto ascetismo moral, unido a una buena dosis de osadía.

La osadía debe estirar al máximo el límite de lo posible. Una cultura alternativa y popular debe ir convirtiendo, paulatina y rigurosamente, lo utópico en verosímil. La porción efectivamente rica y aleccionante de nuestra historia (y también de la historia de la humanidad) se asienta en aparentes utopías que llevaban en sí mismas la secreta semilla de lo posible.

Los grandes y tantas veces desvirtuados héroes de nuestra América (un Bolívar, un San Martín, un Artigas, un Martí, un Sandino) terminaron en la derrota o el destierro, pero sus utopías se abrieron paso a través, y a veces a pesar, de las generaciones y los exégetas.

Una cultura alternativa debe servir de puente entre ese pasado rescatable y el futuro que habrá de rescatarnos. Es cierto que las dictaduras militares de América Latina nada nuevo tienen para ofrecer, ninguna propuesta que signifique progreso.

Con matices o con aparentes aperturas, su programa sigue siendo el de la represión, las prohibiciones, la tortura o, en la más actualizada de sus caras, la tutela económica e intelectual. Por otra parte, es obvio que no van a ser derribadas sólo con propuestas culturales, para ello, siempre será imprescindible la capacidad de recuperación y de lucha de cada pueblo.

Pero si las fuerzas populares y la creación intelectual no ofrecen una cultura alternativa, esta omisión generará un vacío, un hueco ideológico que es después de todo el campo más propicio para que el poder regresivo medre y se consolide.

La cultura alternativa, esa sólida comunicación entre el ayer y el mañana, significa en cambio, con su sola presencia, un singular y efectivo escollo (que es impugnación y rotundidad) para las más oscuras fuerzas de la reacción.